



Pero desalentados por el primer choque, y viendo las columnas que los franqueaban, se entregaron á una precipitada fuga. Merle pasó sin dificultad el peligroso desfiladero llegando el mismo día sin quebranto á Torrelavega.

De Miranda había partido simultáneamente con la misma direccion el general de brigada Ducos para penetrar por la fuerte posicion del Escudo, ocupada por el hijo de Velarde con otros mil paisanos. La primera tentativa la rechazaron, quedando el fuego interrumpido por una espesa niebla que sobrevino; pero no aguardaron la segunda, pues así que supieron la retirada de los de Lantüero, dejaron el paso franco al enemigo. Este, reunido á Merle, entró el 23 en Santander, sin que su ocupacion le hubiese costado apenas algunas gotas de sangre.

La energía que desplegó Aragon desde el día de su levantamiento hizo que se dirigiesen allí tambien los cuidados del emperador. Su contacto con Francia le hacia temer que, si se propagaba el incendio de la insurreccion, vienesen á tierra sus planes por falta de base. Ordenó, pues, al general de brigada Lefebvre Desnouets que desde Pamplona se dirigiese inmediatamente sobre la capital antes de que las fuerzas levantadas pudiesen oponer, ya instruidas, una seria resistencia. Lefebvre partió el 7 de Junio con cinco mil infantes y ochocientos caballos, que forzaron fácilmente la oposicion de Tudela á su paso. El marqués de Lazan, enviado de Zaragoza á sostenerla, viéndose obligado á replegarse, tomó posesion en Mallen y resistió con valor el primer ímpetu del enemigo. Sin embargo, tuvo que abandonarla, así como la que en seguida tomó en Gallur aquel mismo día, porque nuestros paisanos no sabian oponer á las evoluciones del general francés más que un temerario pero estéril valor.

En vez de abatirse, exaltóse el entusiasmo de los zaragozanos, y obligaron á Palafox á que los llevase al combate. Salió el 14 de Zaragoza al frente de una pequeña division de cinco mil paisanos, con dos cañones y ochenta caballos de tropa á situarse cuatro leguas distante, en la villa de Alagon, que por su posicion elevada, entre los rios Ebro y Jalon, ofrecia ventajas á su intento. Sin embargo de eso y de los esfuer-

zos que empleó para mantener su gente, fué tambien arrollada y puesta en dispersion, quedando á su lado solamente unos doscientos cincuenta hombres, con los cuales llegó por la noche á Zaragoza. Se le censuró á Palafox el haber salido con gente sin disciplina contra un enemigo victorioso: fué sin duda una temeridad; pero ¡dichosas las naciones, como dice el ilustre general francés Foy, que en los grandes trastornos políticos encuentran muchos hombres capaces de semejantes temeridades!

Dejemos á Lefebvre marchar, ya sin obstáculos, contra Zaragoza, que tambien él se verá forzado á detenerse á sus puertas, y sigamos echando la vista por las demas provincias de la monarquía.

Napoleon, juzgando bastante sojuzgada á Cataluña con la posesion de Barcelona y Figueras, creyó que no habria inconveniente en desmembrar aquel ejército y ordenó á Duhesme que enviase auxilios de tropas á las divisiones que se dirigirian contra Aragon y Valencia. Con tal objeto salieron el 4 de Junio de Barcelona los generales Schwartz y Chabran, aquél con unos cuatro mil doscientos por la costa; ambos con el encargo de castigar con fuertes contribuciones á las poblaciones principales del tránsito que se habian declarado en rebelion, y asegurar su conservacion con guarniciones.

Un fabricante de Igualada, llamado D. Julian Llimona, apenas recibió aviso de Barcelona de la salida de Schwartz, reunió á su hermano Jaime y á los mozos de su casa: les comunicó la noticia que acababa de recibir, excitó su patriotismo en breves palabras, y concluyó proponiéndoles levantar un somaten y apoderarse de las escabrosas alturas del Bruch para impedir su paso á los franceses. Un grito de entusiasmo respondió á la invitacion del amo, y á las diez de aquella misma mañana, obtenido el permiso del ayuntamiento, ya marchaban á tomar la terrible posicion, unos con hachas, otros con azadones, éstos con escopetas, aquéllos con trabucos, llevando, á falta de balas, las cabezas de clavos de herradura y por bandera el estandarte de la rectoría. Fué este el primer somaten que se levantó entonces en Cataluña. A las dos de la tarde ya estaban po-



sesionados los de Llimona del Bruch del Dalt, adonde acudieron á incorporárseles algunos paisanos de la comarca y el somaten de Manresa, levantado por el hijo de un mercader llamado Francisco Rivera, el mismo que pocos días antes habia tenido la audacia de quemar en público las proclamas de los franceses. Durante la noche cortaron centenares de pinos y los cruzaron en la carretera en términos que era imposible el paso de la infantería á poco fuego que se le hiciese, y mucho ménos, por consiguiente, el de la caballería y la artillería.

Bien ajeno de imaginar tal obstáculo por no haber tenido hasta entonces ningun tropiezo, llegó allí Schwartz dejando marchar á su gente con la irregularidad que lo quebrado del terreno permitía. Una descarga, á la que siguió un nutrido tiroteo salido de entre las matas y las rocas apenas habia acabado de pasar el sitio de las casas del Bruch, le hizo conocer cuán indiscreta era su confianza. Formó primero en masa su columna, despues en pelotones, ensayando en vano ambos modos de ataque. ¿Cómo era posible salvar aquella larga encrucijada de pinos con su ramaje que tenia á un lado un abismo y al otro peñascos inaccesibles y que estaba defendida por tiradores certeros y valientes? El estrago que le causaba el fuego de un enemigo casi invisible, pero que no por eso dejaba de mermar sus filas considerablemente, le obligó á reflexionar sobre aquel género de guerra para él desconocido, y hallando que tenia que atravesar sesenta leguas de un país montañoso, protegido por plazas fuertes y ocupado por una poblacion entusiasta y valerosa, determina volverse á Barcelona.

Aunque molestados por el fuego de flanco y retaguardia de los somatenes, marcharon sin menoscabo notable los franceses hasta Esparaguera. Redúcese esta villa á dos filas de casas tendidas á lo largo del camino. Los vecinos, sabedores de que debian atravesarla, perseguidos por los somatenes, atajaron la calle con muebles y cuanto hubieron á la mano; y cuando los vieron al anoecer dentro de ella, lanzaron sobre ellos desde los tejados y las ventanas tal lluvia de pedradas, tejas, bancos, aceite hirviendo y otros proyectiles domésticos, que

Schwartz desistió del paso, y para salvarse tuvo que dividir su gente en dos trozos y hacerles marchar á derecha é izquierda de la villa á tomar á la salida del camino. Cerca de Pallejá, los paisanos habian falseado un puentecito de madera, y al pisarlo los fugitivos, se les hundieron dos de los cañones que llevaban, obligando á la caballería á vadear el Llobregat. Al fin el 8 pudieron entrar en Barcelona de regreso, declarando á la alborozada muchedumbre en sus bajas, deterioro y abatimiento la rota que en tan pocos días habian sufrido. Era la primera vez que una turba mal armada y sin disciplina humillaba en España las águilas imperiales. En los pueblos catalanes produjo tanto entusiasmo y despertó tal emulacion, que en breve no hubo pueblecillo ni caserío que no estuviese en abierta insurreccion contra los franceses. Duhesme, reconociendo entonces su impotencia para sostenerse con sus escasas fuerzas en el principado, hizo llamar precipitadamente á Chabran.

Hallábase éste en Tarragona cuando recibió la orden, que puso al punto en ejecucion, el día 9. Ya no encontró á los pueblos en sosegada espectacion como á la ida; el rebato de somaten de Igualada los habia levantado en masa. Vendrell, Arbós y Villafranca del Panadés, alentados por el auxilio de trescientos suizos de Wimpffen que se dirigian á Tarragona á incorporarse á su regimiento, osaron oponerse al paso del enemigo: la resistencia del primer punto fué fácilmente vencida; la del segundo le costó algo más, y fué pretexto para acuchillar á los habitantes é incendiarlo; la del tercero no llegó á tener lugar, y sin embargo, fué castigado con igual rigor por haberse sublevado matando al gobernador, que se oponia á la defensa. Duhesme, noticioso de la fermentacion del país que Chabran debia atravesar, salió á proteger su retirada, y juntos entraron el día 12 en Barcelona con más de mil hombres de pérdida.

Herido Duhesme en su amor propio, ya no pensó en ejecutar las órdenes del emperador, sino en restablecer el brillo de sus armas enviando una segunda expedicion al Bruch. Las mismas divisiones de Schwartz y Chabran reunidas recibieron este encargo, partiendo al día



siguiente bajo el mando del último. Martorell y Esparraguera, desapercibidos, pagaron ahora con el saqueo el daño que en la primera expedición les causaran, pero quedaron vengados en el Bruch. Los de Igualada y Manresa, orgullosos de aquel triunfo, habían acudido allí con los somatenes de la comarca, algunos soldados escapados de Barcelona y unos cuatrocientos voluntarios de Lérida, al mando del coronel Baget, con cuatro piezas de artillería y alguna más hecha de madera, en la confianza de un nuevo triunfo. Repetidos ataques no fueron capaces, en efecto, de vencer la firmeza de aquella gente allegadiza, ante la cual tuvieron que retirarse los dos generales llenos de confusión, habiendo perdido quinientos hombres y algunos cañones, y siendo tenazmente perseguidos hasta Barcelona. El viajero encuentra hoy en aquellas alturas, grabado en una piedra, este recuerdo de las dos memorables defensas: VICTORES MARENCO, AUSTERLITZ ET JENA, HIC VICTI FUERUNT... DIEBUS VI ET XIV JUNII, ANNO MDCCCVIII.

Indescriptible es el entusiasmo que con esta segunda victoria se apoderó de los catalanes. Los pueblos en masa corrieron á las armas, formaron somatenes, nombraron sus juntas particulares, sin aguardar á las órdenes de la junta de Lérida y sin ponerse entre sí de acuerdo, pero procediendo no obstante con un admirable concierto, efecto de la universalidad de sentimiento y de la comunidad del fin. *Matar franceses* era la voz que producía la secreta unidad de su anárquico alzamiento.

Duhesme, temiendo quedar aislado en Barcelona y Figueras, y cortadas sus comunicaciones con Francia, salió el 17 de Barcelona con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería en dirección de Gerona por el camino de la marina. Al llegar á las cercanías de Mongat vió la cuesta cubierta por el paisanaje, que en número de nueve mil hombres había acudido del Vallés bajo la conducta de un teniente de marina, sobrino del almirante Barullo. Gente sin experiencia, no pensó que pudiese ser atacada sino por el frente; de modo que cuando se vieron acometidos por la derecha, aturdidos se entregaron á la fuga abandonando el cañon que habían colocado en el castillo.

Lo fácil de la victoria no impidió que fuesen cruelmente tratados los paisanos aprehendidos. Mataró no cejó por eso en su empeño de cortar el paso á la expedición; levantó barricadas en las puertas y adelantó algunos cañones. Poco bastó, sin embargo, al enemigo para que el mismo día 17 se apoderase de la ciudad y la entregase al asesinato y al pillaje, y á la violación sus mujeres. Horrible día que ha quedado hondamente grabado en la memoria de sus moradores!

Poseída del mismo furor, prosiguió la expedición su camino á la siguiente mañana, dejando un rastro de sangre en los pueblos del tránsito. Eran las nueve de la mañana del 20 cuando llegaba á las alturas de Palau, que dan vista á Gerona.

Desde el día de su levantamiento que fué el 5, ejecutado á impulso del pueblo destituyendo al gobernador de la plaza, se había procedido con la mayor actividad á sacarla de su ruinoso estado. Repararon las murallas, compusieron los caminos interiores para la artillería, montaron y distribuyeron cuarenta y dos piezas, fabricaron pólvora, armaron con chuzos á falta de fusiles dos mil paisanos, formaron algunos cuerpos de migueletes y un escuadrón de caballería con el nombre de San Narciso, patron de la ciudad, y proveyeron de víveres para un mes el castillo de Monjuich y los fuertes del Condestable y Capuchinos, persuadidos de que no tardarian en ser atacados y resueltos á una enérgica resistencia. El día en que se mostraron los enemigos corrieron todos á los puestos que había designado el nuevo gobernador, teniente rey de la plaza, don Julian Bolivar, sin amilanarse por no tener de guarnición más que trescientos soldados del regimiento de Vitoria y algunos artilleros escapados de Barcelona.

Rechazado el primer ataque á la puerta del Carmen y al fuerte de Capuchinos, estableció el sitiador dos baterías á corta distancia de la plaza, que también fueron en breve acalladas. Pidió entonces parlamento, y en tanto que dos comisionados de la junta conferenciaban con Duhesme, se acercaba á las murallas á favor de la oscuridad de la noche, que era profunda



á aquella hora de diez á once, una fuerte columna francesa, que no fué apercibida sino cuando estaba ya muy cerca. Por medio de un falso ataque al baluarte de San Francisco de Paula y el puente de San Francisco de Asís, sobre el Oña, pudieron los destacados al baluarte de Santa Clara plantar escalas y entrar no pocos en él. Los defensores se batieron con valor: pero, creciendo el número de invasores, ibanse ya replegando cuando llegó dichosamente un piquete de Vitoria que los cargó á la bayoneta y los precisó á la fuga. Tan precipitada fué que muchos hallaron en el foso su sepultura. Siguió, sin embargo, el fuego hasta que el baluarte de San Narciso, disparando á metralla, los obligó á retirarse en dispersión. Una hora despues intentaron otra vez el ataque contra el baluarte de San Pedro, bien que en él quizá no se propuso Duhesme sino apartar á la junta de sospechar su retirada. A lo ménos este fin tuvo la petición que le hizo de nuevos comisionados para entenderse con él. A la mañana siguiente, al dirigirse los parlamentarios al alojamiento del enemigo ya no hallaron ni ejército ni general: había levantado el campo durante la noche. Los somatenes fueron á su alcance y le acosaron hasta Barcelona aumentándole la pérdida de los setecientos hombres que había dejado en los campos de Gerona.

Chabran, que quedó en Mataró al paso, se vió también sin cesar hostilizado, y en Granollers el teniente coronel D. Francisco Milans del Bosch, primer oficial de graduación que se puso al frente de somatenes, lo puso en derrota y le cogió la artillería.

En cambio los somatenes del Llobregat que bajo la conducta de Baget, el del Bruch, pululaban desde San Boy á Martorell, fueron puestos en dispersión por el general Lechi.

Murat, considerando más peligrosos los alzamientos de Andalucía y Valencia, hizo partir contra ellas las divisiones de Dupont y Moncey. El primero salió de Toledo el 24 de Mayo, tan arrogante y confiado en su fuerza, compuesta de unos seismil quinientos hombres de infantería francesa, tres mil de caballería, con dos regimientos suizos al servicio de España, y veinticuatro piezas de artillería, que

antes de emprender la marcha fijó ya el día en que se hallaría en Cádiz, segun sus cuentas el 21 de Junio. Orgullo de guerrero avezado á la victoria, que se había nublado ya al llegar á la Carolina y encontrarla desierta por haber huido sus moradores á la montaña.

Sin embargo, no encontraron tropiezo hasta dos leguas antes de llegar á Córdoba, en las ventas de Alcolea, situada á la derecha del Guadalquivir, sobre el cual tiene un hermoso puente de mármol negro de unas doscientas toesas de largo. Su extraña construcción formando ángulo impide que puedan enfilarse por él los fuegos de artillería, circunstancia que tuvo presente para apoyarse en él con predilección el que mandaba en Córdoba las armas. Era el coronel convertido en general Echevarri por el pronunciamiento, hombre de valor, mas poco ducho en el arte de la guerra. Su fuerza se componía de unos tres mil hombres de tropa de línea y cuatro ó cinco mil paisanos armados, cuya mayor parte situó en la margen derecha del rio apoyándose en una cabeza del puente fortificada con doce piezas de artillería: la caballería quedó en la margen izquierda con encargo de acometer al enemigo por el flanco ó retaguardia cuando se empeñase la acción; Dupont, conociéndolo, envió primeramente contra ella al general Fresia, que logró contenerla sin desbaratarla, y en seguida ordenó la acometida del puente. El primer ataque fué brillantemente rechazado por el oficial Lasala: pero al segundo se desbandó el paisanaje, y la tropa no pudo evitar que fuese escalada su posición, construida aprisa y sin las más ventajosas reglas del arte. Atravesaron los franceses el puente y se apoderaron de Alcolea. Empero el foso, impidiendo el paso á la caballería francesa, y un amago que hizo oportunamente la española, no les permitieron seguir en su retirada á Echevarri, que la verificó en orden entrando á las tres de la tarde de aquel mismo día 7 en Córdoba.

No tardaron en presentarse los vencedores á su vista. Habíanse cerrado las puertas, más con la mira de entablar los tratos de una capitulación ó tener más tiempo para la fuga que con el de oponer resistencia á su entrada. Abrió-



ronse en efecto las pláticas; pero, estando en ellas, el imprudente ardor de algunos soldados y paisanos que, creyendo posible la defensa, rompió el fuego desde las casas inmediatas á la Puerta Nueva, suministró á Dupont el pretexto que apetecía. Deshizo las puertas á cañonazos y entregó la ciudad al furor de la soldadesca. Imposible sería describir todos los horrores de que fué teatro. Las primeras horas fueron dedicadas al asesinato sin perdonar al indefenso, ni al anciano, ni á las mujeres; despues á la violacion y al saqueo. Principió por los templos y las casas principales y acabó por las pobres. La catedral, aquella magnífica fábrica orientada en que la devocion de dos razas, los árabes y los cristianos, habia acumulado durante siglos inmensas riquezas, lo mismo que los conventos de San Juan de Dios, el Cármen y otros, sufrieron los estragos de la más insaciable rapacidad. La profanacion llegó al bestial extremo de llevar á las iglesias á infelices mujeres arrancadas de los brazos del padre y del esposo para sacrificar en ellas con más libertad su hermosura y su virtud. Los crímenes más horribles, que no justificará jamás el sacrilego derecho de la guerra, se cometieron aquel día por los soldados de una nacion ilustrada, que se vanagloriaban de ser los propagadores de la civilizacion. Y no satisfecho con todo eso el despiadado Dupont, ni saciada su codicia con más de diez millones de reales que habia en las arcas públicas, todavía impuso á los desolados habitantes crecidas imposiciones. ¡Día llegará empero, y no lejano, en que una justicia providencial cargue de eterno baldon su nombre y la fama de sus soldados!

Entretanto se sació en otros ménos criminales el furor que se apoderó de los pueblos. En Montoro, en Andújar, en la Carolina, en Santa Cruz de Mudela, en Manzanares, el paisanaje tumultuado asaltó los destacamentos y cometió en ellos crueles atrocidades. En el último punto fueron asesinados los enfermos franceses del hospital militar: el general de brigada Rene fué sumergido vivo en una caldera de agua hirviendo: otros oficiales fueron quemados y alguno aserrado vivo. ¡Ferozes represalias en mal hora provocadas!

Ya no pudieron los franceses caminar en pequeñas partidas, pues hasta entonces eran acometidas y con frecuencia destrozadas. El general Roize, queriendo incorporarse á Dupont con cuatrocientos convalecientes del hospital de Toledo, fué asaltado en las llanuras de la Mancha por una nube de insurgentes que le forzaron á retroceder hasta unirse con el general Liger-Belair, que desde Madrid llevaba tambien á incorporarse un cuerpo de quinientos de caballería. Juntos volvieron desde Valdepeñas, donde penetraron despues de un reñido combate, acuchillando á los defensores é incendian-diando más de ochenta casas. La lucha, sin embargo, no concluyó, sino por comun acuerdo, y los franceses quedaron tan acobardados que, no atreviéndose á cruzar Sierra Morena, por suponerla ocupada por los paisanos, contramarcharon á Madridejos.

Tambien Dupont, observando que no habia sometido el país con la victoria de Alcolea ni aterrado á Córdoba, y que no recibia los refuerzos ofrecidos de Madrid, ni siquiera comunicaciones, y que la junta de Sevilla reunia con grande actividad fuerzas que salieron á su encuentro, resolvió replegarse á Andújar así que supo la rendicion de la escuadra francesa de Cádiz. Inquietado en esta retirada por el paisanaje de Jaen, de cuya ciudad estaba ya enojado por la muerte de un comandante francés y haberle negado lo víveres que le pidiera, envió un grueso destacamento, que penetró fácilmente en ella y la entró á saco cometiendo los mismos horrores que en Córdoba (día 20).

La expedicion enviada á Valencia al mismo tiempo el día 4, componíase de unos nueve mil hombres, á los cuales debian agregarse en el camino dos batallones de guardias españolas y walonas y las tres compañías de guardias de Corps. De estos cuerpos empero poco pudo recoger porque los soldados se desertaron á bandadas, yéndose muchos á Valencia. Mandábalos el mariscal Moncey, hombre prudente, humano y justiciero, que habia simpatizado con el carácter español desde la guerra de la república, que reprobaba en el fondo de su corazon la conducta innoble del emperador con la Península, y que, haciendo á la vez de padre



del soldado y patrocinador de los pueblos, es-bia conciliar sus penosos deberes. Las atrocidades cometidas por Murat en Madrid el 2 de Mayo le arrancaron lágrimas sinceras de compasion, y quizá á su intervencion se debió que no fuese mayor el catálogo de las víctimas inocentes de aquel día. Los españoles, empero, no co nociéndole, sólo veian en él un francés.

El tránsito no encontró obstáculo de ningun género; pero los pueblos estaban desiertos y, no apareciendo ni en las montañas ni en los pasos difíciles los moradores, dedujo que se le preparaba una vigorosa resistencia hácia el término de su expedicion. En efecto, la junta de Valencia, libre del canónigo Calvo, se habia consagrado con ardor el alistamiento y enviado fuerzas á defender todas las entradas de la provincia. En los desfiladeros de las Cabrillas, punto de ingreso por la carretera de Madrid, estaba el general D. Pedro Adorno con ocho mil hombres, en su gran mayoría paisanos. De ellos unos dos ó tres mil se apoderaron del Puente Pajazo, sobre el Cabriel, lo cortaron, levantaron además á un lado una nueva batería de cuatro cañones, que pusieron en juego al avistar al enemigo (el 20). Este destacó alguna fuerza para vadear el rio y caer de flanco ó retaguardia sobre los españoles, mientras dos batallones se lanzaban por el frente haciendo maniobrar dos cañones y un obús. Lo atrevido del movimiento amedrentó á los suizos, y se pasaron más de doscientos á los franceses; deslealtad ménos importante por su número que por su consecuencia. El paisanaje, viéndose desamparado de los veteranos, se creyó en mayor peligro, y se desbandó abandonando puente y cañones, aunque muchos se reunieron en seguida para defender los desfiladeros de la cordillera.

Así que la junta supo lo desgraciado de este encuentro, notando inquietud en el pueblo, comisionó al P. Rico para que se tentase nuevamente la fortuna haciendo los mayores esfuerzos por retrasar, ya que no impedir, el paso de las Cabrillas. Sobre tres mil paisanos y doscientos soldados con doce cañones habian quedado á resultas de la dispersion de Pajazo, ignorándose el paradero de Adorno. Rico les comunicó

el ardor de su alma, y en union del nuevo jefe, el brigadier Marimon, adoptó las disposiciones convenientes, aprovechando la mejor posicion que ofrecia el terreno entre Siete-Aguas y la venta del Buñol.

Apénas se presentó Moncey, las guerrillas avanzadas hasta el primer pueblo hicieron tan vivo fuego sobre él, que creyó indispensable desalojarlas antes de emprender el ataque principal. El general Arispe con las compañías de vascos franceses, gente acostumbrada á trepar por las asperezas del Pirineo, lo consiguió llevándolas por espacio de tres leguas de una en otra altura. Privados de su amparo los que defendian el desfiladero, apénas vieron á Moncey avanzar de frente, huyeron en su mayor parte abandonando la artillería y bagajes. Ciento ochenta soldados de Saboya fueron solamente los que disputaron la posicion con denuedo quedando casi todos ó muertos ó prisioneros (día 24).

Si entónces hubiese el vencedor proseguido rápidamente sobre la capital, nada le hubiera impedido penetrar en ella sobre la marcha. Pero se detuvo en Buñol para esperar la artillería y la contestacion de los condes de la Conquista y Cervellon, á quienes escribió á fin de que se le recibiese en Valencia como amigo, y entretanto llegó Rico animando al pueblo á la defensa. Extiéndose Valencia á la derecha del rio Guadalaviar, y está ceñida por un muro de antigua fábrica flanqueado de torres en las puertas, pero que apénas puede ser considerado como defensa militar en este siglo: la ciudadela, pequeña y mal fortificada, tampoco debia ser obstáculo para tropas que habian rendido las primeras fortalezas de Europa. Eso no obstante, y á pesar de los reveses de las Cabrillas, la poblacion á su noticia, hirviendo de entusiasmo, clamó por la resistencia á todo trance. De los cien mil habitantes que constituyen su vecindario, no hubo uno en aptitud de ocuparse en las faenas de la defensa que no se apresurase á ofrecer sus brazos y su vida á la junta. Prodigioso pareció lo que hizo el entusiasmo en el corto espacio de sesenta horas: repararon las murallas, construyeron baterías de sacos de tierra en todas las puertas, abrieron